

## RECUERDOS

Estoy sentada. Desde mi ventana, observo. Fuera llueve. El agua se desvía, forma charcos o se junta en pequeños riachuelos que van a morir a las alcantarillas.

El cielo es de un gris sucio, algo deprimente. Solo se escucha el tintineo de la lluvia en el cristal.

Al recordar ahora, las cosas se difuminan y la percepción de ellas se ve alterada. Mi mente vuela. El cuerpo parece mucho más ligero. Solo la cabeza pesa. En mi duermen los pensamientos, o tal vez yo los esquivo por no querer ver imágenes que, a pesar del paso del tiempo, me siguen produciendo un gran dolor.

Mi cuerpo parece mucho más ligero, solo la cabeza pesa. Pesa porque duermen los pensamientos y duermen... hasta volver a entrever imágenes y recuerdos guardados. No quiero rozarlos para no sentirlos.

Hace algo más de 30 años, llegué a Ajalvir. Cerca de mi nuevo hogar vivían Dolores y Félix. Fueron un matrimonio ejemplar. Su educación, su respeto y su amor incondicional del uno hacia el otro los acompañaron siempre. Quizá eso es lo que más me gustó de ellos.

Su vida transcurría con los inconvenientes de cualquiera. Trabajo, lucha, preocupaciones...

Tuvieron dos hijos. Les adoraban. Los vi luchar con ahínco por esos niños para que tuvieran una vida plena, dándoles una educación esmerada.

Lucharon a cambio de privaciones para ellos mismos. Pero el amor y el cariño era patente en esa casa. Se respiraba paz.

Los hijos crecieron, los años pasaban. Uno es médico y el otro arquitecto. Formaron sus familias y todo marchaba muy bien. Se reunían para comer los domingos. Los abuelos adoraban a sus dos nietos.

Pero todo cambia. Dolores prefiere guardar su dolor. Ocultar con su silencio. Como cuando aguantas el aire fuerte porque no quieres que nadie se percate de tu presencia.

No se plantea explicar lo que le está sucediendo. No se atreve a reconocer que está enferma. No soporta la idea de perturbar ese orden que con esfuerzo ha establecido en su casa.

Era otoño. Había pensado en hacerlo tantas veces... pero nunca encontraba la valentía suficiente. Cuando no pudo más, ya era demasiado tarde. Su enfermedad ya había avanzado mucho. Dolores muere.

Todo cambia. A Félix se le derrumba su mundo, todo se viene abajo. Ya nada era ya igual. Sus hijos empezaron a espaciar sus visitas y atenciones. Se sentía solo, apenas veía a sus nietos. Todos tenían mucho que hacer.

Aquel invierno Félix se puso enfermo, yo creo que de pena. Esa pena limpia y siempre sola, silenciosa... Como decía Lorca, ¡Oh pena de cauce oculto y madrugadas remotas!

Había que tomar una decisión. El abuelo estaba solo y enfermo. Sus hijos tenían unas grandes casas, pero no tenían espacio ni tiempo para él.

Sus hijos deciden vender la casa de Félix para pagar su residencia. Ahora él está allí.

A penas van a verlo. Se pasa las horas sentado en el ventanal de su habitación, viendo pasar el tiempo. El paisaje, los pájaros y las flores son ahora su compañía. Vive añorando a su querida Dolores.

A veces, voy a visitarlo. Hablamos del tiempo pasado y de los recuerdos vividos. Alegran un poco su vida. A veces, sonrío.

No reprocha nada. No culpa a nadie.

Ayer me dijo: Muchas cosas buenas les transmití a mis hijos, pero quizá, se me olvidó enseñarles lo que era la gratitud.

**HALIA**

**- Categoría Adulto -**